

**Primer Premio Cuento Breve**  
Categoría Familiar (año 2000)  
Autora: Lía Reis Flechner  
Seudónimo: "Agenda"

# El cuento perfecto

El escritor se ve obligado a aferrarse a unos retazos de recuerdos obtenidos de segundas manos, a informaciones extraídas de fragmentos de cartas, a la visión fugaz de una flor tirada en un charco.

En su avidez por interpretar el mundo, bucea en ese océano de palabras, buscando aquellas que traduzcan lo que a veces es inasible.

Hacía semanas que Fernando trabajaba en el cuento. Había llenado tres papeleras con hojas desechadas, pero al fin quedó satisfecho.

Las bases del concurso estaban sobre el escritorio. Tenía conciencia de que era capaz de narrar bien. En ese concurso ponía sus esperanzas, pero esperaba con temor pues sentía que esas hojas eran un compendio de todos sus sueños que dormían dactilografiados en una carpeta.

Cansado por todos los largos días en busca de palabras que enhebraba y pesaba en

la balanza de la inspiración y del oficio, tomó un ómnibus sin rumbo. Le gustaba ver desfilan por la ventanilla como si fueran cuadros, las casas antiguas con rejas, un heladero recostado contra un muro florecido en campanillas azules, un único árbol venciendo el gris de los edificios.

Descubrió mirando hacia arriba una nueva dimensión donde los techos formaban otra ciudad desconocida para los ensimismados peatones. Fernando desentrañaba el secreto de un mirador olvidado o de alguna buhardilla con techos de pizarra y ventana redonda, que él poblaba de fantasmas familiares escapados de alguno de sus cuentos.

Cuando días después volvió a leer el cuento, le pareció el mejor que había escrito. Solía discutir sus cuentos con Pablo, su mejor amigo, un lector informado e inteligente, de quien aceptaba críticas. Pero era otra persona a la que él quería llegar: su tío. Novelista exitoso que, como la mayoría de los escrito-

res consagrados, era renuente a leer los abundantes manuscritos que le acercaban. Escribir es un largo oficio decía, y los jóvenes siempre están apurados, o muy ansiosos, creen que el éxito los espera en la primera página.

Ahora, rumbo a la Ciudad Vieja, iba tan temeroso y a la vez esperanzado como si ese tío fuese quien habría de fallar sobre su propia vida. Fernando le había contado sobre sus largos meses de trabajo, de hacer y rehacer un final o evitar que el personaje representara más que el acontecer del cuento.

El novelista tomó sorprendido el sobre que contenía las hojas cuidadosamente engrampadas en un ángulo y le pidió que volviera al día siguiente. Al otro día le devolvió el sobre y le dijo escuetamente:

—El cuento es perfecto, te felicito —y no le dio lugar a ningún otro comentario.

Fernando llegó a su casa y se sentó inmediatamente frente a la máquina de escribir. Con un placer casi sensual acarició las hojas y se dispuso a copiarlas. Las daba vuelta con cuidado, despacio, como temiendo que la grampa desgarrara las palabras. Al llegar a la tercera hoja dio un salto. El acontecer del relato se descalabró, el niño de alpargatas ya no estaba, ahora eran gaviotas.

Cuando se dio cuenta de que faltaba la hoja del medio, comenzó a reírse de sí mismo. Dejó lentamente sobre la mesa el cuento perfecto. El cuento que el novelista juzgó sin siquiera leer. Entonces se sintió profundamente libre frente a su obra. ❖